Por aquel entonces yo ya había perdido la buena reputación que, en el pueblo y para las mujeres, era sin embargo bastante fácil de mantener porque consistía fundamentalmente en “no ser guarra”. Y no ser guarra era también bastante cómodo de respetar, puesto que se trataba llanamente de practicar una sexualidad estrecha, reprimida, dentro del orden establecido, *monógama* y pos-matrimonial; o hacer lo que te diera la gana pero a escondidas, hipócritamente, furtivamente, manteniendo el secreto, y sin que llegara nada a lo que se llamaban las “malas lenguas”. Las malas lenguas en realidad eran casi todas, casi siempre femeninas para mayor regodeo. Eso era lo importante. Podías ser mala de referir, egoísta hasta reventar, odiar, hacer daño, y pegar a tu abuela, que eso no te hacía perder la buena reputación. La buena reputación se perdía sólo si eras guarra, siempre exagerado y criticadísimo por las chicas y mujeres “decentes”, y por algún que otro varón al que esas cuestiones le importaran, que solían ser pocos a no ser que se criticara a su hermana, a su madre o a su novia. En ese aspecto los hombres sólo se ocupaban de lo cercano, las mujeres se ocupaban de todas las moradoras del pueblo.

A pesar de ser más o menos fácil mantenerla, yo no supe conservar esa importantísima buena reputación imprescindible en aquella sociedad. No respeté una vez más las reglas, las normas de la moral al uso, amén de que la inventiva popular me achacó miles de líos y amantes que sólo existieron en sus sucias cabezas. Es verdad que me separé con apenas año y medio de matrimonio oficialmente, y mucho antes extraoficialmente; es verdad que tuve algún tonteo o algún lío con algún compañero; es verdad que me salté las estrictas reglas de la estricta moral de la estricta sociedad farisaica en la que me movía. Pero ¿qué querían? Era joven y estaba llena de energía y de amor que repartir, y de deseos, y de un cariño secreto y erróneo que tenía que arrancarme como fuera. Y esa pasión, esa como la de las películas o las grandes obras literarias, ese amor eterno que te enternece o te desgarra, ese por el que pierdes las fuerzas y te acelera el corazón como un tren que ha perdido los frenos, *Que sepulten la utopía, dame clases de poesía con tu cuerpo, esta noche;* ese sí que me vi forzada a respetarlo hasta hacerme múltiples arañazos que sangraban poquito a poco sin darme tregua, venciéndome cada día. *Que incineren los glaciares voy a hundirme en los mares de tu cuerpo, esta noche; e*se sí que tuve que callarlo. Callarlo y asesinarlo y negarlo y negárselo y negármelo. *Que combatan dios y ciencia, sólo admito la violencia de tu cuerpo, esta noche.* Aturdida, siempre aturdida entre el deseo y la razón. Desconcertada, siempre desconcertada por las fuerzas opuestas que tiraban de mi alma a un tiempo hacia el norte y hacia el sur. *Que construyan su futuro, no levantes ningún muro en tu cuerpo, esta noche.* Preocupada, siempre preocupada porque no se vislumbrara nada. Y ahogándome en mi propio fango entre relaciones absurdas y lágrimas ocultas. En qué descabellado drama te has metido y mira que te lo advertí. No importa, prefiero estar con el alma herida que sin alma, y deja de echarme la bronca, que ya sabemos que no voy a hacer caso. Vale, al menos come un poco más, anda, que de delgada te estás poniendo hasta fea. *Que se coman sus banderas sacia mi hambre de quimeras con tu cuerpo, esta noche.* Como era de esperar la canción de Aute no se hizo realidad y dormí sola con mi cuerpo solitario, y sin cenar, esa noche.

Él se había ido a estudiar a la capital, como si no hubiera pasado nada entre nosotros, como